

NADA

Daniel Montañez Pico

A la comunidad de Puyecaco, en la aún verde huasteca veracruzana.
Mi primer y último objeto de estudio.

I.

¿Qué puede aportar la Antropología a la sociedad?

Nada.

II.

Contábamos esos días extraños,
con los dedos de una mano.
Los contábamos felices,
pues, nuestra tierra,
no es de paso.

Días extraños,
donde irrumpían extraños.
Altos sombreros, delicados guantes, coloridas botas,
variada indumentaria con similar propósito:
compartir.

Tomen esto, llévense aquello.
¿Cómo se mide allá? ¿cómo recuerdan? ¿también miran el sol? ¿o más bien la luna?
¿Su pueblo es de tierra? ¿de mar? ¿quizás de aire, bosque o entre ríos?
Diversos afluentes de vida compartidos, emanando, así,
el conocer.

El aprendizaje de estos días era grande y sereno.
Algunos, llegaron a labrarse en elegantes muescas de las sagradas piedras,
Otros, se fundían en nuestras vidas.
Tan extraños eran estos días que, comprendimos, o más bien sentimos,
que es en lo extraño donde brota el profundo aprendizaje.

También llegaron otros,
con malas intenciones:
robar, engañar, despojar, enajenar.
Nada que compartir, poco que aprender.
Por eso, concluimos: no eran extraños.

Un día llegó alguien que parecía extraño.
Decimos parecía, no estábamos seguros, en su mirada latía algo desconocido.

Un interés que no lográbamos descifrar:
¿Quería nuestras tierras? ¿robar a nuestros hijos? Quería nuestra cosecha?
No: decía, sólo, querer conocernos.

Se quedó entre nosotros más tiempo que ningún otro extraño.
Comió de nuestros frutos, bebió de nuestros esfuerzos, participó de nuestras magias.
Algunos, pocos, lo querían, decían que pagaba bien y molestaba poco.
Y una cosa es cierta:
nunca los rituales contaron con tanta soberbia material, aportada por el sujeto.

A cambio de estar entre nosotros, sólo pedía sacar fotos,
grabar detalladamente lo que sucedía cada día en su libreta.
Nos compartía imágenes de su tierra, también alguna técnica.
A veces, de pronto, parecía que comenzábamos a entablar una conversación profunda,
pero, siempre, era interrumpida por su sagrada libreta.

Un día, como otro cualquiera, el sujeto se fue.
La despedida fue frugal, como lo había sido su larga estancia.
Su memoria se perdió pronto,
en tan sólo unas pocas lunas era un mero recuerdo
más infrecuente que las grandes lluvias.

Con el paso de los soles, regresó,
recibido por los pocos que aún lo recordaban.
Decía traer el agradecimiento por nuestra hospitalidad.
La comunidad se agolpó:
después de tanto tiempo entre nosotros debía traernos, seguro, un gran aprendizaje.

Y, entonces, sacó su libreta.
Nos regaló su libreta, a la que agregó un imagen nuestra de portada.
Decía que en aquellos grabados,
nada más y nada menos,
encontraríamos la explicación de lo que éramos.

Más como él llegaron.
Se quedaban más o menos tiempo,
miraban unas cosas más que otras,
dejaban libretas más o menos voluminosas.
Y se iban.

Nos agradecían, siempre, por todo.
Pero nunca entendimos su idea de gracias.
Ellos, y nosotros, pese a tanto tiempo en común,
no habíamos compartido nada,
no habíamos aprendido nada.

Concluimos que no eran extraños.

De los extraños, nos quedaron grandes aprendizajes.
De ellos, sólo quedaron sus libretas, desvencijadas, envueltas en polvo,
agolpadas en la biblioteca de la iglesia,
aquel lugar que construyó otro que tampoco era extraño.

III.

Yo,
y mi batería de teorías indestructibles.
Yo,
dirigido como una flecha a conocer al Otro,
a construir ciencia.

Con la mente más que abierta,
varios años de clases y discusiones,
manifestaciones, anarquismos, comunismos, sindicalismos.
Dirigido a mi primer gran viaje,
la gran aventura etnográfica.

Cuánto de lejos:
mucho, muchísimo.
Camiones, taxis, burros, canoas y, no valdría menos,
el último tramo, siempre:
caminando.

Sol.
Mosquitos, arañas,
tarántulas y pirañas.
Nada me para, lo que jode curte,
Lo que jode crea mi imagen de antropólogo en medio del campo.

La entrada al campo:
genial. Los tengo en el bote.
¿Un poco de dinero? No importa, tengo más.
Mi moneda,
vale más.

Un mes.. no,
dos, tampoco.
Mínimo seis meses,
mejor dos años
o tres, cuatro, quince.

Mostraré aquello en lo que nadie se fijó.
No aguantaron tanto,
esto no es para cualquiera.
Nervios de acero:

la paciencia es la madre de la ciencia.

¿Y la gente?

Para eso también tengo teoría:

enfoque emic,

transcultural, intercultural,

y, también, híbrido, mestizo o sincrético.

Y práctica,

créeme: ellos, están ahí, en el texto.

Varios son mis amigos,

tomamos cerveza, compartimos risas y certezas.

Ellos: son la parte fundamental.

Además:

participaron.

Son sujetos de la historia, no objetos.

Construyen el relato que yo sólo expongo.

Ellos: son lo fundamental.

Mi eterno agradecimiento a ellos.

Les dejé mi libro, y no sólo eso.

Me involucré: di clases de idiomas,

enseñé técnicas de carpintería, también estrategias para bajar proyectos del Estado.

En definitiva: me dejé el alma.

Mi trabajo fue:

Ético, pero científico.

Cercano, pero distante.

Participativo, pero crítico.

En resumen: un ejemplo de método y teoría inmejorables.

IV.

Trabajo de campo:

cercanía lejana.

Lo más cercano a la gente, a la experiencia

y, sobre todo, lo más lejano

a las personas.

V.

La pregunta, reformulada:

¿Qué puede aportar la Sociedad a la antropología?

Todo.